

México, D. F. 8 de 1871

POESIA DEL SR. LIC.

D. DIEGO ALVAREZ DE LA CUADRA.

A MARIA.

Allá en el seno del amor divino
Estaba reservado á los mortales,
El auxilio eficaz de su destino,
El dulcísimo alivio de sus males;
Pues la mano de Dios que es uno y trino,
Derrama beneficios paternos
Sobre el hombre, que habiéndole olvidado,
Se cubrió con la mancha del pecado.

—49—

Bajo del agua quedan sepultados
Los pueblos, las ciudades, las naciones;
Y solo sé contemplan separados.
Aquello que llenó de bendiciones
El Supremo Señor; pues castigados,
Fueron los que rindieron ovaciones
A los vicios, que acaban con el alma,
Y aniquilan la vida, nuestra calma.

Pasadas esas horas de tristeza
Que vieron consumir seres vivientes,
Vuelve del Sol, su esplendida belleza;
Y los hijos de Dios van reverentes
A erigir un altar á su grandeza;
Y ante ese altar humillánse sus frentes
Tributando á su nombre una alabanza,
Por que con ellos celebró su alianza.

De esa generacion que fué salvada
Después de aquel castigo tan terrible,
Ha venido a nosotros propagada,
La bondad del Señor, que aunque temible,
Ha sido por los hombres admirada;
Y en medio de un misterio incomprensible,
Los Profetas dijeron que algun día
Contemplarían al hijo de María.

DISCURSOS Y POESIAS. — 4

Hé aquí, de su bondad un vivo ejemplo,
Porque llegó de la promesa el día;
El pueblo que adorábalo en su templo,
Presenció el nacimiento de María.
Y en los siglos pasados que contemplo
Vamos á ver el gusto, la alegría,
Con que fué recibida la luz pura,
Del rostro de María, tierna ciratura.

Tendió la aurora su precioso manto
Salpicado de hermosos luminares,
Del coro angelical, se escucha el canto;
Y descienden querubés á millares
Para admirar la flor, que dulce encanto
Derramó entre los hombres y lugares,
Que conocieron sin igual portento,
Y de la Vírgen pura el nacimiento.

Con cuanta admiracion fué recibida
La existencia de un sér tan estimable,
Pues era la criatura prometida
En el misterio augusto, inesplicable,
Del Hijo de Dios santo, que su vida,
Había de dar la vida perdurable
Al hombre que siguiese su camino,
De la vida en el raudal torbellino.

Creció María, como la flor temprana,
Llena de gracia y singular pureza,
Ella era la muger que sobrehumana,
Habíase de admirar por su belleza:
Siendo desde su infancia soberana,
Quiso en ella mostrarnos su grandeza,
Quien la escogió para sagrario y templo,
Del Hombre Dios, de mansedumbre ejemplo.

Consagrada al al Señor, toda su vida,
Pasaba en la oracion hora tras hora,
Sin saber que había sido la escogida,
Para ser de los hombres protectora;
Dando al mundo la dicha indefinida,
La existencia divina, encantadora
Del que vino á salvarnos del averno,
A nombre del Señor piadoso, Eterno.

Rendida ante su altar vése á María,
Como quien pide gracia, y bendiciones,
Y en aquel bello instante, en aquel día
Envía de su mansion, de sus regiones,
Al angel que anunciara que sería,
La Madre, del que pueblos y naciones
Vendrían á tributarle sacro culto,
Aunque bajo el misterio se halle oculto.

Hágase en mí, tu voluntad suprema,
Respondió aquella virgen reverente;
Y el ángel del Señor, una diadema
Le puso con sus manos en la frente;
Y la llamó de la virtud emblema,
Por una sumisión tan sorprendente,
Que preparó su dicha, su ventura,
Y la hizo singular como criatura.

Obediente María, aguarda la hora
De angusta concepción, que fue bendita;
Llegando á ser la Madre, la Señora,
Del pueblo que la aclama, que se agita,
Al ver aparecer la bella aurora
Que el tiempo, que el momento precipita
En que al mundo nos manda la existencia
Del que es Hombre, y es Dios por su potencia.

Hosana, hosana escuchase en el cielo
Al ver la luz de tan brillante estrella,
Que reyes y pastores en el suelo
Procuraron seguir desde su huella:
Para ir á tributarles con anhelo,
A la Madre, purísima tan bella,
Rendida adoración, y aquel infante
El corazón, de gozo palpitante.

Bendita tu muger, que la escogida,
Fuiste de Dios, para ofrecer tu seno,
Al que vino á la tierra á dar su vida
Por nuestro bien, y que sufrió sereno,
Los ultrajes de plebe maldecida,
Y que puso en sus labios el veneno;
Pero que humilde perdonando al hombre
Su gloria nos promete por su nombre.

No quiero recordarte Virgen pura,
De tu angustiada vida los dolores;
Quiero cantar tan solo tu ventura,
Y tus espinas convertir en flores.
Quiero elevar tu angélica hermosura,
Sobre la luz del sol y sus fulgores
Porque eres más que un Sol en tu grandeza,
Mas blanca que la luz, es tu pureza.

Que vengan los terribles enemigos
A decir ante el mundo no eres pura;
Pero tienes millares de testigos
Que publican tu dicha cual criatura.
Porque de la verdad ciegos amigos
Tu Concepción proclaman con bravura;
Diciendo, que quedaste inmaculada
Como hija del Señor privilegiada.

Ojala que en cada uno de los granos
De la arena que encierran nuestros mares,
Pudiera yo gravar con ambas manos
Tu nombre Sacrosanto; y en los altares,
Que en cada estrella vemos los humanos,
Reluciera como esos luminares,
Tu nombre brillaria como lo auhelo,
Tal como brilla en el iumenso cielo.

Pero ya que no puede mi palabra
Levantarte un alcazar en cada astro,
Mira lo que mi mente ansiosa labra,
Y de tu luz que siga el bello rastro,
Para qe el velo de la gloria se abra
Y mas blanca que nieve, que alabastro,
Admiremos tu imagen refulgente,
Al lado del Señor Omnipotente.

Desde esa elevacion, mira rendido
Al pueblo que te adora reverente,
De cada corazon te va un latido,
Y evocando tu nombre dulcemente
Por el bien de ese pueblo solo pido:
Intercede por él, que tiernamente
Te llaman en su auxilio las naciones
Que te ofrecen su culto sus acciones.

Con el canto precioso de las aves,
Con el aroma de fragantes flores,
Te ofrecemos los ruegos que tú sabes
Produce la oracion en los dolores.
Y si no son plegarias las más suaves,
Súplicas son de humildes pecadores
Que publican tus gracias, tu belleza,
Y alaban tu virtud y tu pureza.

Recibe gran Señora, en est dia,
De cada corazon un sentimiento,
De todas las naciones su alegría,
Y absorto al contemplarte el pensamiento
Pronuncia nuestro lábio, de María
El nombre que repite el manso viento,
La bóveda celeste, todo el mundo,
Que goza de su amor dulce, profundo.

México, Diciembre 8 de 1874.